

## Cerámica eterna



Andrés Monzón. Sin título. Cerámica y tela. Once objetos envueltos de 8 a 97 cm de altura. 2012.

Son innumerables los mitos fundacionales que usan el barro y la cerámica para dar luces sobre el origen de la humanidad. La oralidad fue construyendo con el pasar de los tiempos, y en todos los territorios donde prosperó la vida humana, narraciones que ligan la materia viva que nos constituye

con la fuerza de la tierra endurecida por el fuego.

Dice el mito que, a partir de un amasijo de barro, con la participación de otros tantos dioses del olimpo y por indicación de Zeus, Hefesto creó a Pandora, la primera

mujer, copiando los atributos físicos de las hermosas e inmortales diosas. Su aparición, sin embargo, reza la historia, obedeció a una venganza del dios de dioses a raíz de la entrega subrepticia que Prometeo hizo del fuego a los mortales, cuando la inocente doncella abrió un ánfora cerámica, que solo logró cerrar antes de que escapara la esperanza, y terminó por esparcir sobre el orbe todos los males posibles. Las versiones renacentistas acuñaron el término *caja de pandora* para recrear esta versión mundana de Eva.

Pasemos de lo mítico a lo fáctico. El control del fuego introdujo, con una fuerza insospechada, cambios en las primigenias sociedades, allí donde se fue prendiendo la tea de la cultura; no obstante, las primeras cosas que se hicieron, con ese esencial y gran avance técnico, permanecen básicamente iguales hoy por hoy. El medio cerámico es una de ellas. Y es que resulta imposible concebir el estado de cosas actual sin la manera mágica como los primeros alfareros comenzaron a dar forma al mundo conocido, un mundo de agua, tierra, aire y fuego.

La diversidad en esta operación, aparentemente simple, se vio complejizada por la aparición de elaboraciones cognitivas complejas que, además de aportar una técnica, se dieron a la tarea de especular con el pensamiento sobre cada procedimiento. El éter, el elemento armonizador del universo, según los griegos, fue un detonante de gran espectro para poner en cuestión el poder de la magia y sus inagotables alcances. Todo eso y más está contenido en un ánfora de tierra húmeda cocida al fuego, alimentado por aire y amalgamado por la danza fascinante en la que el éter resulta ser su compás. Generaciones han transmitido su conocimiento de manera cíclica

para perpetuar la naturaleza humana, esa que dice que somos diversos como el universo, que no tenemos un punto fijo, que la movilidad está en nuestra esencia y que depende tan solo de nosotros la construcción de un devenir, sea cualquiera que decidamos vivir.

Actualmente vivimos en ciudades hechas con ladrillos color terracota, comemos en platos de loza, la energía que llega a nuestro lugar de hábitat es conducida por cables que se encuentran amarrados a elementos vaciados en barro y cocidos en hornos industriales y tomamos el café en porcelana china o del Carmen de Viboral. Y la cosa no se queda ahí: los transbordadores espaciales, los motores de alta tecnología, los administrículos para la construcción de dispositivos electrónicos y muchas otras cosas de la era de la informática son hechos de la misma materia que lo fueron los primeros tótems y las más rudimentarias herramientas, de barro cocido.

Una suerte de eterno retorno nos trajo, una práctica milenaria de todas las culturas sobre la faz de la tierra nos vuelve comunes, animales lúdicos que disfrutaban de la comunión que se da cuando brindamos y agradecemos por los alimentos. Sin duda alguna, este material, tan diverso como el mundo que habitamos, logra explicarnos, como pocas cosas, de qué estamos hechos y cuáles son nuestras reales condiciones de cuerpo y alma.

En este número de la *Agenda Cultural Alma Máter*, que regresa a su presentación impresa, y que ahora usted puede tener en sus manos, tiene como trasfondo una serie de tres exposiciones, actualmente abiertas en el Museo Universitario, que hacen un panteón suficientemente amplio sobre la validez del medio cerámico en nuestro quehacer y proyección cultural.



Andrés Monzón. *Bodegón XXIII*. Cerámica esmaltada. 48 x 35 x 33 cm. 2021.

Con un sentido homenaje a la maestra Anita Rivas Uribe y su exposición *Retorno*, la presentación de la exposición *Generaciones* de Andrés Monzón y *Tierra atemporal* de Carlos Vera, el MUUA pone sobre la mesa, no un tema, sino un rasgo de identidad de nuestra condición humana, la cerámica, vista de múltiples maneras por las reflexiones de Gilberto Arango Escobar, Sofía Botero Páez, Lorenzo Villegas y Blanca Lucía Arango Restrepo, y por la recreación literaria de Eduardo Galeano.

Que sea esta, pues, la oportunidad para el retorno a lo fundamental, a revisar la genealogía de nuestra cultura material y elevar la tierra en su danza infinita con el fuego, el aire, el agua y el éter para situarnos en puntos de cruce únicos, difíciles de encontrar en otras formas del habitar, creer y crear. Ya no resguardando la esperanza en el ánfora de Pandora, sino la inmensa alegría de poder construir juntos una realidad que nos permita reconocernos en medio de la diversidad.

Oscar Roldán-Alzate